

EL MÉTODO PARABÓLICO DE JESÚS, HOY

El autor trata de mostrar el valor actual del método que Jesús utilizó para exponer sus parábolas. Para ello divide el trabajo en dos partes: El método de Jesús, 1) parte de la vida y 2) va a parar a la vida. Con ello pone de manifiesto en qué medida dicho método puede enseñarnos hoy muchas cosas.

Qüestions de vida cristiana, nn.º 104 (1987) 7-24

El título asignado a este trabajo reclama algunas aclaraciones previas:

1. Al hablar del método parabólico de Jesús, no me estoy refiriendo al método más apto para interpretar las parábolas de Jesús, sino al método que Jesús utilizó en sus parábolas. Doy por supuesto, pues, que Jesús tenía una manera peculiar de recurrir al lenguaje parabólico y que el historiador de hoy está en condiciones de describir sus características.
2. Al preguntarme por el método parabólico practicado por Jesús, mi interés se centra en el lenguaje, no en el contenido o mensaje. Creo que este aspecto es el más adecuado al estado de espíritu de nuestros contemporáneos.
3. El uso que Jesús hizo de las parábolas me interesa sólo por la utilidad que todavía hoy puede seguir teniendo para nosotros. En este punto, es muy posible que el lector llegue a la conclusión de que las parábolas evangélicas, en sí mismas, ya no son de actualidad. Si bien esta cuestión quedará más clara al final, responderé que, ciertamente, no podemos contentarnos con repetir siempre las mismas parábolas de la misma manera, sin tener en cuenta el tiempo y el mundo en que vivimos.

I. PARTIR DE LA VIDA

Hemos de comenzar reconociendo la falta de unanimidad entre los comentaristas. Hay algunos que se las arreglan para descubrir en las parábolas de Jesús un mundo de símbolos convencionales, fruto de conocimientos aprendidos más que de observaciones de la vida. Otros van a la búsqueda de datos inverosímiles y de pistas que remiten a una realidad completamente distinta de la experiencia corriente. Yo, en cambio pienso que, en conjunto, las parábolas extraen sus materiales de la cantera de la vida.

1. Los materiales parabólicos

Empecemos con un ejemplo. En Mc. 2,21, Jesús observa: "Nadie cose un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues el remiendo tira de él... y se produce un desgarrón peor". ¿Una observación tomada de la vida? No, dice J. Jeremías. Simplemente, una alusión al mito del manto cósmico. En virtud de este clisé, el texto viene a significar: "El tiempo del mundo antiguo se ha acabado; es como un manto viejo que ya no vale la pena remendar... ". Con ello el sabio convierte en un tópico de lo más vulgar lo que parecía una observación inmediata. ¿Es cierta esta interpretación? Al igual que otros exegetas, pienso que, aun dejando aparte su artificiosidad, esta interpretación no respeta el sentido del texto. Contrariamente a lo que Jeremías supone, la

comparación implica que el vestido viejo merece ser remendado, pero que hay que ir con cuidado para que el "remiendo" no haga peor el mal.

Veamos otro ejemplo, algo diferente. En Mc 4, después de la parábola del sembrador y de su explicación (vv. 3-20), viene la breve parábola de la lámpara que no debe ponerse debajo de la cama, sino sobre el candelabro (v. 21). M. Gertner ha creído poder identificar aquí un caso manifiesto de Midrash: igual que en Jr 4,3-4, se pasa de la imagen del "campo" (nir) a la de una lámpara (nér); y de la "simiente sofocada por los abrojos" (v 7) se pasa a "la luz sofocada por el celemín" (v 18-19). Evidentemente, este tipo de asociaciones no tienen nada que ver con la observación de la vida. Pero podemos replicar a M. Gertner que el ordenamiento del cap. 4, adoptado por Marco, es una elaboración literaria que, como tal, no se puede atribuir a Jesús.

En una escala más amplia. H. Riesenfeld se ha dedicado a seleccionar en las parábolas un gran número de imágenes que, según él, habrían sido sacadas de la tradición bíblica y estarían dotadas de una gran "carga religiosa", directamente perceptible a los primeros oyentes de Jesús. De ser así, esto significaría que las parábolas de Jesús son tributarias de un medio cultural, que es el que les confiere su valor metafórico y el que nos ha de dar a nosotros la clave para su interpretación alegórica. Esta visión unilateral de H. Riesenfeld ha provocado, entre otras, la curiosa reacción de A. N. Wilder, el cual, desde las antípodas, se complace en subrayar el "realismo" de las parábolas de Jesús y su "carácter humano y secular". Para él, el narrador de estas historias literarias es un "laico" que ve y dice las cosas como son; no es un clérigo que habla para clérigos con el lenguaje de los iniciados.

Creo que se ha de matizar. No es posible oponer pura y simplemente aquello que se refiere a la experiencia inmediata y aquello que proviene de una herencia cultural incorporada. De las parábolas de Jesús no se pueden excluir, a priori, ni las imágenes tradicionales ni las alusiones a textos bíblicos. Con todo, hay que reconocer que a veces las referencias a la Biblia parecen añadidas o retocadas en el curso de la redacción. Así la alusión inicial a Is 5,1-2 en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1 y la cita de Sal 118,22-23, al final (Mc 12,10-11). Lo mismo cabría decir de la referencia a Is 6,9-10 en el "logion" sobre los objetivos de las parábolas (Mc 4,11-12).

Es interesante llamar la atención sobre los personajes que intervienen en las parábolas. Comencemos por el más convencional de todos: el rey. Ni el predicador ni sus oyentes estaban acostumbrados a encontrarse con un rey. En cambio, es bien conocido que en las parábolas de los rabinos judíos este personaje juega un papel muy importante, ya que ilustra la figura de Dios. Sin duda, esto habrá influido en la transmisión de las parábolas de Jesús. Así, el hombre que dio un gran convite aparece en Lc 14,16-24 como un simple particular, mientras que en Mt 22,2-14 se transforma en rey. Y a la inversa, el dueño que confía su dinero a los criados, según Mt 25,14-30, se convierte en Lc 19, 11-27 en todo un rey. Otro tanto debió ocurrir con la parábola del siervo sin entrañas de Mt 18,23-35. La situación es muy diferente en el caso de la parábola del rey que está a punto de entrar en guerra (Lc 14, 31-32): la imagen del rey parece más bien el doble del campesino que está pensando en construir una torre (v. 28-30); aparte de que Lc 14, 31-32 habla de un rey que se encuentra en inferioridad frente a su adversario y que, por tanto, no tiene otra salida que la de hacer las paces, en condiciones desfavorables. Estamos muy lejos de aquel rey tradicional que era la viva imagen de Dios.

Otro personaje parabólico que ofrece gran interés es el juez. Su justicia no inspira la más mínima confianza. "Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto" (Mt, 5,40), porque la sentencia del juez, probablemente te costará más cara. Y si, al ir al tribunal, te encuentras con tu adversario, trata de llegar a un acuerdo con él antes de que se incoe el proceso, porque, sin duda, serás condenado (Mt 5,25-26; Lc 12,58-59).

Que un juez inicuo se decida a hacer justicia en favor de una pobre viuda, no tiene nada de absurdo cuando se piensa que, en definitiva, el juez actuaba en su propio interés (Lc 18,2-5). La sabiduría popular siempre ha desconfiado del aparato judicial: vas al juicio para reclamar una oveja y te cuesta una vaca. Los oyentes de Jesús eran del mismo parecer.

El personaje del pastor es más ambivalente. Puede recibir connotaciones que le sitúan muy cerca del rey, como en las citas bíblicas aplicadas a Jesús (Mc 6,34 y 14,27; Mt 9,36 y 26,31). Pero apela a la experiencia corriente en la descripción del "siervo inútil" (Lc 17,7-10), el cual después de pasar todo el día tras el rebaño, al llegar a casa, tiene que preparar la comida del dueño, antes de que él pueda atender a sus propias necesidades. O en la del hombre cuya oveja cayó al pozo en sábado (Mt 12,11). Y más aún cuando Jesús interroga a sus oyentes sobre la forma en que debe comportarse el pastor que ha perdido una oveja (Mt 18,12, 12-14; Lc 15, 4-7).

Este carácter real y poco convencional de los personajes parabólicos citados puede confirmarse en otras muchas figuras: el padre en relación con sus hijos; el sembrador y, en general, todos los que laboran en el campo; el portero que espera el retorno de su amo; etc...

Ultima observación sobre este punto: a todos los personajes "familiares" las parábolas les prestan, a menudo, comportamientos insólitos y poco corrientes. Los oyentes de Jesús probablemente no conocían a ningún acreedor tan bien dispuesto a perdonar a sus acreedores como el de Mt 18, 23-34; Lc 7, 41-42. O a propietarios tan interesados en pagar el jornal completo a los obreros que sólo habían trabajado una hora (Mt 20,1-15). Entre ellos mismos habría muy pocos que se sintieran capaces de hacer lo que hizo el "padre del hijo pródigo" (Lc 15 11-32)... Evidentemente, el ideal del parabolista no consiste en reproducir la realidad tan fielmente como sea posible. No se le puede negar el derecho a servirse de ella según sus propósitos, a condición de no transgredir la experiencia común, ya que esto convertiría el relato en algo inverosímil o absurdo. Mientras no traspase estos límites, nada debe importarle la sorpresa de los oyentes. Sin duda, esta sorpresa les llevará a reflexionar.

2. La forma interrogativa

Veintidós parábolas evangélicas comienzan con una pregunta. De esta manera el parabolista invita a sus oyentes a formar su propia opinión y evita el riesgo de abrumarles con su autoridad. Las preguntas pueden aparecer también al final del relato. Con ello, se pretende que el interlocutor advierta el punto nuclear del caso sobre el que ha de tomar posición. A veces, la pregunta surge en medio de la narración. El personaje parabólico a quien se formula la pregunta no da nunca ninguna respuesta, con lo cual obviamente la pregunta recae en los oyentes. Así, por ejemplo, cuando el dueño de 'la

viña dice a los trabajadores descontentos: "¿Ha de ser malo tu ojo por que yo soy bueno?" (Mt 20,15); o la pregunta dirigida al "siervo sin entrañas": "¿No debías tú también compadecerte de tu compañero como yo lo hice contigo?" (Mt 18,33).

Las parábolas, pues, esperan una respuesta de parte de sus destinatarios. Pero, ¿cómo podrán dar la respuesta que el parabolista espera? Es evidente que no será por la fuerza de una argumentación lógica o de unas razones fundadas en la autoridad. La respuesta sólo podrá venir de la experiencia de los oyentes y de la sabiduría concreta de su ambiente. En otras palabras, el poder de persuasión que las parábolas de Jesús tienen se debe al arraigo de dichas parábolas en la vida de sus destinatarios.

3. Partir de la vida de hoy

No parece que sea necesario insistir sobre la modernidad del procedimiento parabólico de Jesús en lo que tiene de método activo, que interpela a sus oyentes y provoca sus respuestas, que introduce a sus interlocutores en el juego con vistas a representar un papel, o tomar posición, a adoptar un acuerdo...; en definitiva, a sacarlos de su pasividad. Pero sí quiero subrayar que el procedimiento parabólico nos sitúa muy lejos de la clase magistral y de la elocuencia sagrada, en las que el oyente no tenía ninguna posibilidad de intervenir y la fórmula interrogativa no era más que un artificio retórico.

Para que hoy la enseñanza religiosa pueda lograr sus objetivos es indispensable el concurso activo de aquellos a quienes va destinada. No estará de más repetir que el presupuesto en que descansa la participación activa de los oyentes de Jesús es la inserción de sus parábolas en el ambiente palestino del primer siglo, o lo que es lo mismo, la conexión de las parábolas con la experiencia y las preocupaciones de los oyentes. Pero, ¿cómo no advertir que justamente aquello que en su día aseguró la eficacia de las parábolas de Jesús es lo que las hace hoy inoperantes? En su mayor parte, el mundo a que se refieren es extraño a nuestros contemporáneos y ajeno a sus usos y costumbres. Esto nos plantea una cuestión: ¿cómo neutralizar los efectos desastrosos de esta distancia insalvable?

Hay dos tipos posibles de solución:

a) la que transporta al oyente moderno al tiempo y lugar en que fueron explicadas las parábolas evangélicas. No es un camino impracticable; pero tiene el inconveniente de que es largo y, sobre todo, que distrae al oyente, pues le obliga a prestar demasiada atención al cañamazo anecdótico, en perjuicio del mensaje.

b) La otra solución sigue un camino en dirección contraria: consiste en modernizar las parábolas acercándolas a la experiencia y al lenguaje usuales del hombre de hoy. Brevemente, se trata de transformar las parábolas del Evangelio sin deformarlas.

Uno de los ensayos más interesantes en este sentido es el trabajo que lleva a cabo el equipo del Centro Bíblico de Belo Horizonte (Brasil), a través de su revista "Biblia-Gente". Es una publicación semanal, destinada a los círculos bíblicos, en la que el evangelio de cada domingo va precedido de una breve historia, "un hecho de vida". Acompañando a la historia, se propone un cuestionario pertinente para ayudar - estimular y encaminar- la reflexión de los oyentes. Entre el "hecho de vida" y el

evangelio no existe un paralelismo a nivel de imágenes; sólo convergen en la enseñanza que se desprende de ambos relatos; y ello de tal manera que el sentido del primero ha de iluminar el del segundo.

Un ejemplo lo aclarará mejor: he ahí el "hecho de vida" propuesto para "leer" la parábola de los viñadores homicidas.

"Adrián y Juana decidieron adoptar una niña. E hicieron todo lo que estaba á su alcance para que ella fuera feliz. Pero la niña era rebelde, y nada pudieron hacer sus padres para cambiarla. Una vez acabados los estudios, la chica se marchó de casa sin ni siquiera despedirse. Quería seguir su propio camino. Por lo que se supo, se quejaba de sus padres adoptivos porque, según ella, sólo les interesaba el beneficio que esperaban obtener de su trabajo. Naturalmente, Adrián y Juana sufrieron mucho a causa de esta ingratitud. Todos sus esfuerzos no consiguieron ninguno de los frutos que esperaban..."

Tal vez este "hecho de vida", demasiado corriente, carezca de la riqueza teológica de las parábolas evangélicas, pero esto no obsta para que las reflexiones que suscita en torno a la ingratitud ayude a los lectores a captar mejor el mensaje de la parábola correspondiente. Este modo de proceder, muy exigente, me parece una buena aplicación de lo que tenemos que hacer para ser fieles a la práctica de Jesús que "leía el Evangelio en la vida".

II. PARA DESEMBOCAR EN LA VIDA

Hacer que las parábolas de Jesús sean comprensibles a los hombres de hoy constituye tan sólo el primer paso. En efecto, no podemos olvidar que Jesús no contó parábolas sólo para enseñar algo a sus oyentes, sino para cambiar algo en sus oyentes. Dicho de otro modo, las parábolas de Jesús no son únicamente medios de información, sino medios de decisión. Como fin, se propone llevar a sus destinatarios hasta un punto de vista desde el cual ellos pueden avizorar una nueva orientación, dejándoles en libertad de seguirla o no.

Este uso del procedimiento parabólico no es nuevo en Israel. Entronca con una tradición profética de la que el ejemplo más famoso es aquella historia del "hombre rico que robó una oveja de un hombre pobre" (2 Sm 12, 1-4). Antes de que Natán acabe su relato, David estalla en cólera. Entonces el profeta sólo tiene que añadir una palabra para que la cólera del rey caiga sobre su propia cabeza. Gracias a este procedimiento, el rey David quedó transformado de criminal en penitente.

No es difícil advertir que la parábola de Jesús persigue este mismo objetivo práctico: poner al oyente en la encrucijada de una opción decisiva. De todos modos, para hacerlo ver mas claramente, quiero hacer algunas precisiones en torno a estos tres puntos: 1.º, con frecuencia las parábolas presentan dos puntos de vista encontrados respecto a un determinado objetivo; 2.º, este objetivo atañe en último término al modo de comportarse y 3.º, anotaciones sobre la incidencia actual de este procedimiento.

1. Dos puntos de vista encontrados

El caso más claro es el de las parábolas que ponen en escena un personaje que expresa el punto de vista de los oyentes, y al que se contraponen el punto de vista de Jesús, representado por el personaje principal. La parábola de los trabajadores de la viña (Mt 20,1-5) es contada de tal manera que los oyentes tienden a identificarse, de forma espontánea, con los obreros de primera hora y su protesta (v. 12). En esta situación, tienen que escuchar las explicaciones del dueño y encaja la pregunta final: "¿acaso tu ojo ha de ser malo porque yo soy bueno?" (v. 15b). El mismo procedimiento se usa en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), en la que la irritación del hermano mayor traduce la natural reacción de los oyentes y frente a la cual Jesús opone las palabras persuasivas del padre que invita a la alegría (v. 32). La misma observación podría hacerse respecto de la parábola de los dos hijos (Mt 21-28-31); la de los convidados al banquete (Lc 14,16-24 par); la de la cizaña y el trigo (Mt 13,24-29); la de los talentos (Mt 25,14-30), etc...

La presencia del diálogo no es imprescindible. Así, la historia del viajero, herido por unos bandidos en el camino de Jericó, va dirigida a personas que, a priori, respetan a los sacerdotes y levitas, y desprecian a los samaritanos. Entre las parábolas sacadas de la naturaleza se producen también situaciones enfrentadas, una de las cuales coincide con el punto de vista de los oyentes y la otra con el de Jesús. Por ejemplo, la parábola del sembrador (Mt 4,3-8) describe probablemente la impresión de los oyentes ante la serie de fracasos que cosecha la predicación del Reino; no obstante, el éxito final es expresión de la segura esperanza que anima a Jesús.

No creo que tenga interés multiplicar los ejemplos. Los casos citados son suficientes para dejar en claro que las parábolas de Jesús invitan a seguir un proceso transformante. Se parte de una manera de ver determinada situación y se acaba descubriendo otra manera de ver esa situación, posible y preferible. Lógicamente, surge el interrogante: ¿será aceptada la alternativa?

2. Cambio de conducta

De entrada, es interesante constatar que Jesús, ni en sus parábolas ni en sus discursos, se entretiene en describir las personas o las cosas. Más que decir lo que son, habla de lo que hacen. Si se trata del Reino, en vano esperarás una definición. Lo que a Jesús le preocupa es hacer comprender que el Reino viene, y que esto implica un cambio de actitud. Todo es acción en las parábolas. Desde luego, no es éste el lenguaje más apropiado para revelar unas verdades cuyo conocimiento se considera necesario en sí mismo.

Enfocadas desde el punto de vista de su contenido, las parábolas evangélicas se reparten en dos grandes grupos: las que conciernen a la conducta del hombre y las que conciernen a la conducta de Dios.

a) Las parábolas del primer grupo son numerosas y se refieren, unas a la conducta que Jesús recomienda y otras, a la conducta que Jesús censura. Los ejemplos más significativos son: el buen samaritano (Lc 10,30-37); el rico insensato (Lc 12,16-20); el fariseo y el publicano (Lc 18,19-24); Lázaro y el epulón (16,19-31). Recordemos también:

el siervo sin entrañas (Mt 18,23-24); el mayordomo astuto (Lc 16,1-8); los viñadores homicidas (Mc 12,1-9); los talentos (Mt 25,14-30). Todas estas parábolas tratan de inculcar un modo de comportarse.

b) Son también numerosas las parábolas del segundo grupo, referentes a la conducta de Dios. Aquí lo importante no es la conducta misma, sino la consecuencia que de ella deben extraer los oyentes a su propio comportamiento. El caso más típico es la afirmación de que Dios "hace salir el sol para buenos y malos" (Mt 5,45). El hecho, en sí mismo, se lo planteaban ya los rabinos para discutir sobre la justicia de Dios. Jesús, en cambio, no lo formula como un problema, sino como un ejemplo que los discípulos han de tener en cuenta en sus relaciones con los demás. Lo mismo cabe decir de la solicitud con que Dios se cuida de vestir los lirios del campo y de alimentar las crías de los cuervos (Mt 6,20-30; Lc 12,2-28): quiere infundir confianza a los discípulos. La conducta del padre respecto de su hijo (Mt 7,9-11); la de un amigo frente a su amigo impertinente (Lc 11,57); la del señor hacia su esclavo (Lc 17,7-10); la del juez con la mujer fastidiosa (Lc 18,2-5)... nos ayuda a comprender el modo cómo Dios procede con los hombres, para orientar la conducta de los hombres respecto de Dios y de los demás.

Alguna de las parábolas de este segundo grupo está pensada para hacer más comprensibles ciertas actitudes desconcertantes de Jesús. Por ejemplo, las relaciones cordiales que mantiene con los pecadores resultan sorprendentes a la gente piadosa. Por eso el amor de Dios (y de Jesús) a sus hijos pródigos es una apremiante invitación para que también los buenos se avengan a querer a sus hermanos "menores" (cfr Lc 15, 32) y compañeros (Mt 20,15). Otro ejemplo: los fracasos con que tropieza la causa de Jesús podrían hacer dudar del sentido escatológico de su misión. Por eso algunas parábolas quieren mostrar que en esta primera fase de la parusía, Dios actúa como lo hace la gente en su vida ordinaria. (Mc 4,3-8; 30-32. Mt 13,24-30; 31-33; 4748). En conjunto, estas parábolas vienen a reforzar la fe conturbada.

En conclusión, creo que podemos hablar de una constante: directa o indirectamente, las parábolas de Jesús tienden a inculcar una cierta forma de comportamiento, es decir, desembocan en la vida.

3. Llegar a la vida, hoy

Sólo nos falta señalar que el método de Jesús, al expresarse en parábolas, no ha perdido nada de su vigencia: ni como método para ayudar a entender la realidad, ni como medio para inducir un comportamiento determinado.

a) Tanto si se trata de las cosas de la naturaleza como de los hechos de los hombres, Jesús sabe siempre de qué se trata. Por eso puede ayudar a sus oyentes a abrir los ojos y ver. Sabe cómo piensan. No se puede decir siempre lo mismo de los evangelistas: Marcos recomienda el uso de odres nuevos (Mc 2,22) y Lucas desaconseja romper el vestido nuevo para apedazar el viejo (Lc 5,36).

Pero la visión realista de las cosas y de los hombres es solamente el punto de partida: las parábolas invitan a sus oyentes a ver mejor en un campo, que ya les es familiar, porque así aceptarán más fácilmente un nuevo punto de vista. Y entonces habrá llegado el momento de dar el paso hacia el campo religioso.

El interés pedagógico de esta manera de proceder salta a la vista. Una convicción religiosa no puede imponerse desde fuera, ni por vía de autoridad, ni por vía de demostración racional. Es mucho más visible el método que recorre a la experiencia vivida y a la observación de la realidad de la vida. Quiero decir que enseñar a la gente a mirar con ojos nuevos la realidad de cada día es un buen recurso para iniciarlos en la comprensión de la profunda novedad del mensaje evangélico.

b) Las parábolas no enseñan solamente a ver y a valorar la realidad, sino que instan a comportarse de acuerdo con esta nueva visión de las cosas. Esta instancia no se formula en términos categóricos: las recomendaciones y llamadas de alerta nunca acaban en casuística. No por ello son menos exigentes, ya que no dispensan a nadie de la responsabilidad de tomar decisiones y de elegir los medios para llevarlas a cabo.

No creo que Cardijn, el fundador de la JOC, estuviera pensando en las parábolas cuando propuso su famosa consigna: "ver, jugar, actuar". Pero sí pienso que esta consigna encuentra una inesperada ilustración en el método parabólico que Jesús practicó. Esto nos confirma en la creencia de que dicho método tiene aún hoy muchas cosas que enseñarnos.

Tradujo y condensó: JOSEP CASAS